

medio, dijo: «El Padre dice bien, y nosotros tambien; y así ellos pueden salvarse en su ley, y nosotros en la nuestra,» con que callaron todos los caciques; pero el Padre no pudo disimular la ignorancia del rey y de sus sacerdotes, y así dijo que no podia ser que un rey como Dios, tan pacífico y tan sabio, tuviese dos leyes encontradas; porque forzosamente la una ha de ser verdadera y buena, y la otra falsa y mala, y, por tanto, creedme que os digo la verdad y no cerreis los ojos á la luz: «quien no fuere cristiano y guardare mi ley, no se puede salvar: y si quereis, aplacemos dia y venid á disputar conmigo; y si me convenciéredes, yo ofrezco de ser moro, y si yo os conviniere, ofreced vosotros de ser cristianos.» Tiene razon, dijo el rey, y yo aplazo tal dia, señalando uno cercano.

Los caciques, por no parecer ignorantes y que rehusaban la carrera, admitieron el desafío; pero como cobardes no le cumplieron, porque llegado el plazo de la disputa, no vino alguno, y así se halló solo el Padre con el rey, sus dos hijos y la gente que acudió á oír la disputa.

Los hijos del rey suplieron por los caciques, preguntando y disputando, y se mostraron tan satisfechos á las razones del Padre, que, á no tenerlos tan presos la licenciosa vida y libertad de la secta de Mahoma para tener muchas mujeres, aquel dia dejaba convertidos al rey y á sus hijos con todos sus vasallos; pero el rey se levantó y concluyó la disputa con lo que arriba dijo, que todos decian bien y cada uno se salvaba en su ley.

Hallóse presente á todo el valido del rey, capitán general de sus ejércitos, y gobernador de su reino, que se llamaba el Gran Orancaya Uglo, tan respetado y obedecido como el rey.

Era este moro, así por su gentil disposicion como por su prudencia y valor, digno de mayor fortuna, acreditado con varias empresas, así de guerra como de embajadas que hizo á varios príncipes; era muy versado en lenguas, pues, fuera de la suya natural, hablaba con expedicion la lutaya, la malaya, la bisaya y tagala, entendia la española y la llegó á hablar bien. Pues como era de tan buen entendimiento, alumbrado con la luz del cielo, conoció la ignorancia de sus caciques, la falsedad de su doctrina y la verdad de la católica; y con toda resolucion y afecto la abrazó y se hizo cristiano, con el alborozo y consuelo que se puede creer del buen P. Alejandro, que dió mil gracias á Dios por haberle dado aquel caudillo y defensa para la cristianidad de aquel reino.

Bautizóse con tan grande solemnidad y regocijo de los cristianos, cuanta fué la tristeza de los caciques, y llamóse Francisco en su bautismo, á devocion de S. Francisco Javier, Apóstol de aquella tierra.

El bautismo se celebró con la mayor fiesta que fué posible y aparato de

música, trompetas, clarines, danzas y festejos é invenciones de fuego, segun la usanza de la tierra; y luego se le dió el baston de General de los ejércitos del rey, y bajaron los cristianos, que habian huido á los montes de la indignacion del rey, á los cuales se les dió toda seguridad, y todos se honraron con el nuevo convertido: el cual procedió como muy bueno y católico cristiano, dando grande ejemplo de virtud y devocion, la cual mostró en particular con la Santísima Virgen María, que se la pagó colmadamente, como suele á todos sus devotos. Porque habiendo recibido en la guerra una herida mortal á los cinco años de cristiano, y llegándose su fin, le vino á confortar en aquel tránsito; y viéndola tan gloriosa, dijo á los presentes: «Apartaos, apartaos, que viene una Señora de grande majestad,» á quien hizo muchas muestras de grande reverencia y sumision, con una boca y semblante risueño.

Preguntándole los caciques cuál era la verdadera ley, respondió que la de los cristianos solamente, y que todas las demas eran falsas y engañosas, y ninguna daba salvacion.

Hizo testamento, como buen cristiano, y dejó heredera su alma de la mitad de sus bienes, dando ciertas prendas de su salvacion.

Enterráronle con gran solemnidad con los ritos de la Iglesia. El Padre confortó á los cristianos, bautizó á muchos y volvió triunfante á su colegio de Zamboanga.

IX

Vuelve de Mindanao á su colegio, lo que obró hasta ir por secretario de la provincia, y algunas profecías suyas.

Concluido negocio tan árduo con tanta felicidad, volvió el siervo de Dios á su colegio con nuevos aceros de la predicacion evangélica y la conversion de las almas; y como los gajes que tiran los misioneros apostólicos de sus fatigas y trabajos son comunmente nuevas ocasiones de paciencia, repartiéndoles Dios, como á familiares suyos, parte de su cruz, no le faltó en esta ocasion al mártir de Cristo.

Habiendo gobernado aquel colegio nueve años con el celo, prudencia y aumentos que hemos visto; el sucesor, que tenia nuevos dictámenes y no conformes á los del P. Alejandro, entró mudando las cosas, y dándole al siervo de Dios mucho en qué merecer, haciendo en todas las ocasiones alarde de su paciencia: que no há menester poco quien ha deseado acertar, cuando ve reprobados sus aciertos.

El buen Padre pasó esta mortificacion callando, y obedeciendo, y confor-

mándose con la voluntad de Dios; que quien tuvo valor para sufrir el martirio, mucho más le tendria para llevar una pesada obediencia.

Descargado del gobierno, se entregó todo al estudio de su propia perfeccion y á la salvacion de sus prójimos, convirtiendo á los infieles y predicando y enseñando á los ya convertidos, aprovechando á los de casa y juntamente á los de fuera con el fuego de caridad que ardía siempre en su pecho, en que experimentó admirables providencias de la mano omnipotente de Dios.

Una fué, que habiendo llegado á aquella tierra muchos chinos sangleyes, les dió un contagio mortal de que murieron los más. Eran todos gentiles, y el fervoroso Padre tomó á pechos convertirlos, y que ninguno muriese sin bautismo; pero llegando á hablarlos, ninguno le admitia, respondiendo todos que no querian mudar ley, sino morir en la que habian vivido.

Vista su obstinacion, no desmayó su alentado espíritu, sino valióse de las almas del Purgatorio, de quien, como dijimos, fué devotísimo. Díjoles muchas Misas por esta intencion, ofreciéndoles sufragios y penitencias, y fué cosa admirable, que luego se convirtieron todos, con ser muchos, y murieron con el santo bautismo, sacando tantas almas de las gargantas del infierno, para poblar las sillas del cielo.

Navegando otra vez de la isla de Basilan, adonde habia ido á predicar, para volver á Joló; le esperaron en celada á él y á sus compañeros unas embarcaciones de enemigos en paso por donde forzosamente habian de pasar, con intento de quitarles las vidas, como caudillos de los españoles, los cuales muertos ó cautivos, juzgaban que los tenian á todos vencidos.

No se le escondió al siervo de Dios este peligro, pero parece que se le ofreció nuestro Señor para probar su confianza, la cual fué tan firme, que siempre tuvo por suya la victoria, la cual alcanzó con las armas de la oracion, alcanzando por ella una niebla tan espesa que, pasando cerca de los enemigos no se vieron unos á otros, y prosiguieron su viaje con mucha seguridad. Y porque se entendiése que era la niebla milagrosa y no natural, cesó en pasando los Padres, y quedó el cielo y el mar sereno y claro, y los enemigos vieron sus embarcaciones léjos y cerca del puerto adonde navegaban; y abrasados de coraje, fueron tras de ellos y tiraron á las torres muchos cañozos, vengando su rabia en las paredes, ya que no pudieron ejecutarla en las personas que buscaban.

De esta manera favorecia el cielo los santos intentos de este glorioso mártir, el cual no contento con trabajar insaciamente en el aprovechamiento de las almas con la palabra, quiso tambien aprovecharlas con las obras, componiendo muchos libros, y traduciendo otros para su aprovechamiento, que parece cosa increíble, teniendo tantas cosas y tan graves á su cargo.

A costa del sueño y de largas vigalias, compuso en lengua de la tierra un libro en que refuta con muchas y buenas razones los mandamientos, ritos y ceremonias de la falsa secta de Mahoma; otro mayor de la *Historia de Mindanao*. Iten, un *Arte*, y *Vocabulario de lengua Luthos*, que es la más usual de aquella region, para aprenderla los que van de Europa, obra utilísima para la conversion de aquella gente: en la misma lengua tradujo para la enseñanza de los indios la *Doctrina Cristiana* del Cardenal Belarmino y otros tratados espirituales de grande provecho para todos, en que dejó como en herencia su santo espíritu.

Ocupado en tan santas obras este varon apostólico, se llegó el año de 1653 en que la provincia de Filipinas celebró Congregacion, para señalar el P. Procurador por ella, que habia de venir á Europa y pasar á Roma; muchos de los Padres ancianos pusieron los ojos en el P. Alejandro para esta funcion tan importante, aunque los detenia la falta que habia de hacer en la provincia y en el ministerio de la conversion de los infieles, en que trabajaba con tanto fruto. Y atendiendo á las lucidas prendas de su persona y al bien de toda la provincia, le hicieron Secretario de ella y compañero del Provincial, para valerse de su consejo y para habilitarle al cargo de Provincial, tomando con esta ocasion noticia de la provincia.

Llamáronle á la Congregacion, en la cual fué asignado en tercero lugar por Procurador para Europa, y en primero para Secretario, como dijimos, el cual oficio ejercitó con igual gusto y satisfaccion de todos: y aunque la ocupacion era grande, por cargar sobre sus hombros el peso de todos los negocios, su talento era tan aventajado y tan fervoroso su espíritu, que sin faltar á su obligacion, ejercitaba los ministerios, predicando y confesando, enseñando y convirtiendo á los infieles, y catequizando á los ya convertidos, acudiendo á los sanos y enfermos con tanto fervor y asistencia, como si no tuviera otro oficio.

Las visitas parecian misiones, porque en llegando á los pueblos, los movia con su predicacion y los atraia con la dulzura de su trato, de manera que era corto el dia para despachar la gente que venia á confesar y comunicar sus almas, y aprender el camino del cielo; porque el fuego de caridad, que ardía en su pecho, no le permitia tomar otro descanso sino la salud de las almas, y apacentar, como buen pastor, el rebaño de las ovejas de Cristo.

Y porque no le faltase ninguna prerrogativa de santo, le dotó Dios del don de profecia, dándole luz para conocer las cosas ocultas y saber las por venir, como se verá en los casos siguientes:

El primero sucedió á Diego de Acevedo, español, estando en Zamboanga, adonde el P. Alejandro era Rector, y el dicho tuvo disgustos con el goberna-

dor de la fuerza, por lo cual se ausentó por los montes, adonde pasó algún tiempo con gran miseria, sustentándose con las yerbas del campo, padeciendo las inclemencias de los tiempos, á riesgo de ser comido de las fieras.

Aprovechándose el demonio de la ocasion, le acometió con graves tentaciones de desesperacion, persuadiéndole que era mejor morir una breve muerte, que padecerla tan prolongada y dolorosa entre las fieras, á riesgo cada dia de ser manjar de ellas. Hablábale con voz humana, óale y no le veia, y el eco de su voz entristecia su corazon y le incitaba á su perdicion; pero él, como cristiano, hacia la cruz sobre sí, santiguábase y rezaba, y cansado de tan penosa vida, acordándose de la santidad del P. Alejandro y de la cabida que tenia con el gobernador y con todos, se resolvió de volver á poblado y ponerse en sus manos, para que diese vida á su alma y á su cuerpo, componiéndole con su capitan.

Recibióle el bendito Padre con mucho amor, consolóle y esforzóle; y, para animarle á hacer una buena confesion, le contó cuanto le habia pasado en aquel penoso destierro, y le dijo la tentacion tan vehemente que habia padecido y lo que habia pensado en lo secreto de su corazon, de que el buen Diego de Acevedo quedó admirado, y conoció que Dios moraba en el Padre y le descubria los pensamientos interiores de los hombres; y así que no haria nada él en manifestarle su pecho, haciendo una general confesion, como la hizo con grande consuelo de su alma. Y el Padre le amparó y le compuso con el gobernador, dejándolos ambos gustosos y en servicio de Dios.

El segundo caso fué el que le pasó con un Hermano de la Compañía, llamado Melchor Sablan, á quien desde sus principios crió en ella, y fué siempre su Padre espiritual: y, como el amor entre hijos y padres es ordinariamente tan cordial, este buen Hermano le tenia muy crecido al P. Alejandro, y al peso de su amor fué su dolor y sentimiento cuando se partió para la Congregacion, y vertiendo lágrimas de sus ojos, le dijo: «Ya no veré más á V. R. porque le señalarán para ir á Roma, y sabe Dios si volverá,» á que el Padre respondió: *Esto que le diré quedese entre los dos: sepa que mi fin y muerte ha de ser en Mindanao.*

Quedó el Hermano suspenso y pensativo oyendo esta razon, y testificó despues con juramento, que desde aquel punto entendió que habia de morir mártir, y que Dios se lo habia revelado; mas, como le encargó el secreto, lo calló hasta que vió el efecto y cumplida su profecía en el martirio que padeció, en que se declara el espíritu tan alto de que Dios le dotó.

X

Vuelve por orden del Gobierno de Manila por embajador de Mindanao, y su dichosa muerte.

Quiso Dios coronar las virtudes de este varon apostólico con la aureola de mártir, dándole esta corona en premio de sus merecimientos, y que regase con su sangre las plantas de aquella nueva Iglesia y los campos de aquella inculta region, para que de estériles y espinosos se trocasen en fértiles y amenos, dando copiosos frutos de almas que poblasen el cielo. El modo como sucedió su martirio fué el siguiente:

Once años y algunos meses habia que, como se dijo arriba, habia establecido la paz deseada, para bien de muchas almas, con el rey de Mindanao: y como una de las principales condiciones fué que se habia de fundar en su córte iglesia en que pudiesen libremente celebrar los cristianos los divinos oficios, predicar y confesar, con todo lo demas que pertenece á la ley santa de Cristo; no habia cumplido el moro esta condicion, ni permitido que se tratase de su fundacion, dilatándola con astucia y dando lugar á los cristianos, no sólo de su reino sino de todas las islas, para que viviesen debajo de su amparo en la ley que quisiesen, con gran detrimento de aquella cristiandad. Porque en apremiándolos á vivir ajustadamente á la ley de Dios, se huian á Mindanao, y unos apostataban y se hacian moros, y otros vivian tan libre y escandalosamente, que eran peores que gentiles.

Deseando, pues, el Gobierno de Manila poner remedio á tanto mal, determinaron de enviar al rey una embajada, pidiéndole que cumpliera la dicha condicion, y amenazándole con la guerra, sino la cumplia; y como el P. Alejandro habia asentado las paces con él, y se le habia mostrado siempre tan benévolo y amigo, de comun consentimiento le eligieron y nombraron por su embajador.

Diéronle los recaudos bastantes y escolta de soldados que le acompañase; mas el bendito Padre, que ya tenia luz del cielo de lo que habia de suceder, como dijimos arriba, hizo otra más importante prevencion, y fué recogerse en una granja apartada del poblado á unos fervorosos Ejercicios, gastando muchos dias en oracion y silencio, ayunos, cilicios y disciplinas, como quien se prevenia más para la córte del cielo que para la de Mindanao.

Tomó por compañero al P. Juan de Montiel, que poco ántes habia llegado de España, mozo de veinte y cinco años, pero muchos de virtud y santi-

dad; porque era varon perfecto, muy fervoroso y ejemplar, como en su vida se verá.

Aprestadas todas las cosas necesarias, partió con tres embarcaciones bien armadas, once españoles con su capitan y dos indios principales.

Navegaron con próspero viento, y sábado, ocho de diciembre de mil y seiscientos y cincuenta y cinco, día de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, tomaron puerto en Mindanao.

Pasados cuatro dias, llegó á la córte del rey, el cual no le recibió como solia, antes yendo el Padre á llevarle las cartas y el presente que le enviaba el Gobierno de Manila, se excusó de verle, diciendo que le enviase la carta. Mas el Padre respondió que su embajador habia dado la suya en manos del gobernador de Manila; y que no cumplia él ménos que dando la que traia en su propia mano.

Convencido el moro con esta razon, le dió audiencia y recibió la carta y el presente de su mano; pero con mucha seriedad y poca gracia, como quien sabia ya lo que la carta rezaba, que no le era de gusto, y así no le mostraba.

No le dió casa, como se usa dar á los embajadores; sólo le envió unos cestos de arroz y tres ó cuatro manojos de cañas dulces y unas cien papayas entre verdes y maduras, que es cierta fruta de la tierra, como melones pequeños, largos y colorada la carne y las pepitas, como pimienta morada.

El día siguiente, que fué de Sta. Lucía, trece de diciembre, vinieron á llamarle de parte del rey dos personas principales, al hilo del mediodía, á la sazón que estaba recogido y rezando, previniéndose con oracion, á imitacion de Cristo, para la pasion y muerte que esperaba.

Fué llevando consigo al dicho P. Juan de Montiel su compañero y dos criados sin escolta de soldados y sin armas, porque los embajadores dijeron que no eran necesarias.

Hallaron en la plaza del rey más de seiscientos hombres armados; habló el Padre con el rey, y atajóle presto la plática; porque le dijo que iban á bañarse á su mezquita, segun los ritos de su falsa secta. Entónces tomando ocasion de aquí el bendito mártir, le exhortó á dejar aquella falsa supersticion y recibir el santo bautismo, pues se hallaba en lo último de la vida, y era tiempo de mirar por su alma; afeóle la vida que traia, y no haber dado lugar á edificar iglesia los cristianos, diciéndole con valor y libertad que por ningun caso saldria de su córte hasta dejarla edificada, conforme á las condiciones de la paz que asentaron.

Indignado el rey de la libertad con que el Padre le persuadia su bien, con celo de guardar los sacrilegos mandamientos de su secta, uno de los cuales es matar, con indulgencia plenaria por ello, á cuantos cristianos y Sacerdo-

tes pudieren; mandó luego matar á los dos Padres y á nueve soldados con su capitan, y vender á otros dos por esclavos á los holandeses.

Arremetieron de primer ímpetu con las armas en manos á un criado del Padre, mancebo de pocos años, y á imitacion de Cristo, dijo á los matadores: no hirais á estos, que no tienen culpa alguna, aquí estoy yo para dar la vida por la fe católica que predico.

En oyendo esto, uno de aquellos verdugos descargó un golpe sobre el bendito mártir, con una fortísima arma que ellos usan, y se llama en su lengua campillan. Derribóle el hombro, abriéndole hasta el pecho, teniendo el Padre un Crucifijo en la mano, y repitiendo muchas veces los dulcísimos nombres de Jesus y de María: cayósele el bonete de la cabeza, y tomándole con la mano que le quedaba libre, se le volvió á poner dos y tres veces: cayó en el suelo, y clavados los ojos en el cielo, adonde brevemente habia de volar su alma, recibió otros golpes de aquellos verdugos, que sin respeto ni piedad le hicieron pedazos.

El mismo rigor ejecutaron con su santo compañero, coronándole de martirio, como veremos luego, y con los soldados que los acompañaron, quedando uno vivo con providencia divina, para que diese noticia y fiel relacion de todo lo que pasó.

Sus cuerpos quedaron en la plaza toda la tarde y la noche hasta la mañana, que echándoles unos dogales al cuello, los llevaron arrastrando por las calles, hasta echarlos en el rio, de donde los sacó un criado y los enterró en un esterillo, hasta poderles dar más honorífica sepultura, como la merecen su santa vida y glorioso martirio.

Y porque se vea la causa que movió á este rey tirano para martirizarlos, pondré aquí un tanto de la carta, que escribió á su pariente el rey de Joló á cerca de la muerte de los dos Padres referidos, que dice así:

Carta del Sultan Corralat, rey de Mindanao, para el rey de Joló en veinte y nueve de julio de mil y seiscientos y cincuenta y seis.

«Mi hermano rey de Joló: Holgaréme mucho que goce mucha salud, que Alá le guarde muchos años y le dé todo cuanto desea y le haga buen moro, y acuda á todas sus obligaciones, como lo mandan sus dioses. Despues de esto envio tu hermano mayor á Tumuyay á avisarte cómo hemos muerto á los Padres, porque querian que fuésemos cristianos, y por esto los matamos, y así bueno será que nos aunemos todos á una cosa de volver por nuestra fe.»

Hasta aquí el dicho Sultan, en que manifestamente declara el motivo que tuvo en quitar las vidas á estos santos religiosos, que fué el odio de nuestra

santa fe y el falso celo de su secta, y porque les predicaban el Evangelio y les persuadian que, dejada la superstición de sus falsos dioses, reconociesen y adorasen al verdadero y único Criador y Redentor del mundo, por cuya gloria y servicio dieron las vidas tan pronta y gloriosamente los dos predicadores de su Evangelio, premiando el cielo sus virtudes con la corona de tan ilustre martirio.

Su divina Majestad nos dé su gracia por sus merecimientos, para que los imitemos y seamos dignos de participar de sus coronas en el cielo.

Fué su glorioso martirio á 13 de diciembre de 1655. Hacen de él honorífica mención el P. Juan Nadaso, y las cartas *Anuas* de aquella provincia.

P. JUAN DE MONTIEL

EL venerable y santo mártir de Cristo Juan de Montiel fué uno de los fervorosos obreros del Evangelio, que en una hora merecieron premio igual con los que habian trabajado todo el día; porque en tres años y medio que estuvo en Filipinas, el primero de Sacerdote, y á los veinte y cinco de su edad, mereció ser coronado con el lauro del martirio, como se verá en el breve discurso de su vida.

Nació el P. Juan de Montiel el año de mil y seiscientos y treinta y dos, en la ciudad de Rijoles, del reino de Sicilia.

Su padre fué D. Juan de Montiel, natural de Zaragoza de España, valeroso capitán del rey en los Estados de Flandes, á quien por sus buenos servicios hizo castellano de Rijoles.

Su madre fué una noble señora italiana, llamada Victoria de Rosis; ambos eran temerosos de Dios y señalados en virtud, personas muy ejemplares y edificativas en la ciudad, y, como tales, criaron á sus hijos en el santo temor de Dios, enseñándoles á servirle desde sus primeros años.

Tuvieron tres hijos varones; el segundo fué nuestro P. Montiel, de buen natural, inclinado á la virtud y devoción.

Murió el padre dejándolos pequeños, y su madre los envió á Nápoles á estudiar; allí cursaron en nuestros estudios, y como eran bien inclinados, aprovecharon en poco tiempo mucho en el estudio y la virtud; y los dos mayores, que se llamaban Alonso y Juan, movidos del buen ejemplo y olor de santidad de sus maestros, se inclinaron á entrar en la Compañía, adonde fueron

recibidos con igual consuelo suyo y gozo de los nuestros, con fundadas esperanzas de lo mucho que habian de aprovechar y honrar con sus buenos talentos la religion.

Tuvieron su noviciado en Nápoles, y ántes de comenzar á estudiar, murió el mayor que se llamaba Alonso, con dolor de todos los que le conocian por faltarles un sujeto de tan grandes esperanzas cuanto lo eran las prendas de entendimiento y religion que en él resplandecian. Quedó nuestro P. Juan de Montiel para que restaurásemos en él la pérdida de su buen hermano.

Estudió las Artes en el colegio de Nápoles, y con las noticias que tuvo de la milagrosa salud que dió nuestro Señor al glorioso mártir el P. Marcelo Mastrillo por medio de S. Francisco Javier; cobró gran devoción al Santo y frecuentaba su capilla muy á menudo, pidiéndole alguna centella del fuego de su espíritu, como la dió al bendito P. Marcelo, y tuvieron sus peticiones feliz despacho y buen logro sus deseos. Porque se los dió muy fervorosos de ir á las islas Filipinas á convertir los infieles y dar la vida por Cristo, como la habia dado en el Japon el P. Marcelo Mastrillo.

Trató luego su vocación con los Superiores, y nuestro P. General Gosvino Nichel, vistas sus grandes instancias, le señaló para aquella misión, que es una de las más apostólicas y gloriosas que tiene la Compañía.

Sintió este golpe su madre grandemente, sobre tantos como habia padecido; porque tenia librado todo su alivio y consuelo en este hijo, y aunque procuró impedirle la jornada, no pudo por el grande fervor y resolución con que la tomó el siervo de Dios, á quien persuadieron algunos que siquiera se pasara por Rijoles á consolarla y despedirse de ella, y de su hermano el más pequeño y de los otros parientes que tenia.

No dió oídos á este consejo, imitando á su devoto P. S. Francisco Javier, que pasando cuatro leguas de su tierra cuando fué á la India, no quiso ver á su madre que á la sazón estaba viva; y lo mismo hizo el fervoroso P. Montiel, no llegando á su tierra. Y fué consejo del cielo, porque si se rindiera á visitarla corría peligro de ablandarse con sus lágrimas y dejar la empresa á que Dios le llamaba.

El fundamento que hay para recelarse de esto, es lo que él mismo confesó á un confidente suyo, y fué, que habiéndole escrito á la partida de Nápoles una carta despidiéndose de ella, recibió en Sevilla la respuesta con tantas lástimas y razones, dándole noticia cómo su hermano menor habia muerto y cómo quedaba sola, triste y desamparada, y otras cosas á este modo, las cuales le inquietaron de manera, que estuvo muy tentado de no embarcarse, sino dar la vuelta á Sicilia para consolar á su madre, y no dejarla segunda vez viuda.